MAGIC
THE GATHERING

LA GUERRA DE LA CHISPA

ABANDONADA

GREG WEISMAN

minotauro

MAGIC
THE GATHERING

LA GUERRA DE LA CHISPA

ABANDONADA

GREG WEISMAN

minotauro

Título original: *War of the Spark: Forsaken*

Copyright © 2019 by Wizards of the Coast LLC.
All Rights Reserved

©Amparo Gresa y Clara Medina (Traducciones Imposibles, S.L.), 2020

Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Wizards of the Coast, Magic: The Gathering, Magic, sus respectivos logos, La guerra de la chispa, el símbolo de planeswalker, los nombres de los gremios y los símbolos, y todos los nombres de personajes son propiedad de Wizards of the Coast LLC en EE.UU.
y en otros países.

ISBN: 978-84-450-0796-9
Depósito legal: B. 24.462-2019
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

KAYA

Impasible

Se sentía impasible.

Tal vez se sintiera así porque lo necesitaba en ese momento, mientras ayudaba a Arlinn Kord a transportar el cadáver disecado de un hombre al que apenas conocía, un planeswalker llamado Dack Fayden, quien había sacrificado su chispa y su vida para salvar Rávnica —para salvar al mismísimo multiverso— del dragón Nicol Bolas.

Ahora, Bolas también estaba muerto. Igual que le había pasado a Fayden, al final la chispa del dragón había sucumbido ante los eternos que él mismo había creado, y Kaya y toda

Rávnica habían visto cómo se disolvía y se desintegraba en cenizas que volaron con el viento.

Había sido una victoria formidable, aunque también había resultado muy cara. Kaya estaba convencida de que debería sentirlo más, tanto la exaltación del triunfo como el dolor de las pérdidas sufridas en la batalla.

En cambio —mientras Arlinn y ella depositaban el cuerpo de Dack sobre un tablón de madera vacío entre los cadáveres de Domri Rade y de una viashina llamada Jahdeera—, lo que se hacía pasar por sus emociones parecía estar... ¿qué?

«¿Amortajado? ¿Era eso?».

O ¿era que la metáfora se la sugería la liviana sábana blanca de seda que la sacerdotisa golgari, Matka Izoni, iba tejiendo con gran rapidez sobre los tres cadáveres?

Kaya apenas los había conocido. Rade había sido un idiota desleal. Jahdeera lo había seguido ciegamente. Pero Dack había sido un auténtico héroe, miembro del equipo que había cerrado el puente entre planos, deteniendo con ello el flujo constante de eternos que llegaban a Rávnica desde Amonkhet. Desde allí podía haber caminado hacia cualquier otro plano. En lugar de eso, había elegido regresar y librar la batalla justa. Luchar y después morir por haber decidido combatir.

«Si no puedo sentir nada por él..., entonces, ¿quién de los dos es el que lleva la mortaja de seda?».

Kord se encaminó a recoger otro cadáver, pero Kaya decidió que ya había hecho bastante esa amarga tarea.

A su alrededor había surgido una alegre celebración de la victoria, interrumpida por los llantos de los dolientes por sus pérdidas personales. Ambos extremos contrastaban entre sí. La niña elfa que trepaba por las ruinas de la estatua caída de Bolas y el niño humano que se balanceaba de una rama del árbol mundo caído, Vitu-Ghazi, parecían incluso más despreocupados

cuando se comparaban con la madre y el niño goblin que lloraban desconsoladamente sobre los restos de su marido y padre, cuya mitad inferior había sido aplastada por el pie de la diosa eterna Bontu.

El sol poniente se colaba entre dos edificios y un repentino rayo de luz hizo que Kaya parpadeara y se le humedecieran los ojos. Era lo más parecido a llorar que había conseguido desde que todo aquello había empezado.

«Tal vez las lágrimas de verdad lleguen después. Me pillarán desprevenida y entonces me derrumbaré».

Se sorprendió deseando que aquello ocurriera. No le gustaba sentirse muerta por dentro. Ya había visto suficientes muertes para toda una vida, lo que era bastante irónico considerando su profesión. Kaya era, o había sido hasta hacía muy poco, una asesina fantasma. Su magia le permitía enviar a los espíritus hacia su descanso final. La muerte era, literalmente, su trabajo. Pero hasta hoy nunca se había sentido muerta ella misma.

La muerte agotaba. Con la batalla terminada y el subidón de adrenalina en retroceso, Kaya, la reacia maestra del Sindicato Orzhov, podía sentir de nuevo toda la fuerza de los miles de contratos orzhov deudores pesándole sobre el alma.

«Ah, es tentador, muy tentador, declarar todas esas deudas ya pagadas».

Pero sabía que, de hacerlo, destruiría a los orzhov y temía que, si caía un solo gremio, el delicado equilibrio de Rávnica se derrumbara con él. La ciudad-mundo, literal y mágicamente, dependía de que los diez gremios estuvieran en funcionamiento; si no podían estar en armonía, al menos en una equilibrada oposición entre sí. Y Kaya no se había esforzado tanto por salvar Rávnica solo para ser la causa de su caída por otro medio. Por eso, las deudas no serían perdonadas y, por ahora al menos, continuaría cargando con su peso.

Quería, necesitaba, ver el rostro de un amigo. En ese momento ya tenía muchos amigos cercanos en Rávnica: Ral y Tomik, Hekara, Lavinia, incluso Vraska. Aun así, las dos personas a las que sentía más cercanas y a las que más quería ver eran dos adolescentes a los que había conocido aquella misma mañana: Teyo y Rata.

«Mi séquito».

Sonrió.

«¡Por fin! Aquí hay una emoción. No es gran cosa, ya te digo, pero es algo. ¡No la dejes escapar!».

Empezó a avanzar entre la multitud con un objetivo, tratando de encontrar al joven magoescudo y a la aún más joven ladrona. No es que Kaya fuese muy vieja, ni siquiera tenía treinta años, pero, comparada con ellos dos, se sentía como uno de los ancianos de Keru.

¿Por qué se sentía tan unida a ellos? ¿Cómo había ocurrido tan rápido? Vale, claro, los dos le habían salvado la vida hoy, en numerosas ocasiones. Pero durante esta guerra de la Chispa, como la gente había empezado a llamarla, dos o tres docenas de individuos diferentes le habían salvado la vida y ella misma había salvado a tres veces ese número de personas (fuese el número que fuese). No, era más que eso, estaba convencida.

«Es su pureza. Ellos poseen lo que a mí me falta».

Teyo era muy ingenuo. Pero había una fuerza oculta bajo esa ingenuidad, una fuerza que él acababa de descubrir y que todavía no aceptaba tener.

¿Y Rata? La vida de Araithia Shokta, la Rata, había sido... imposible, realmente imposible. Era un milagro que hubiera sobrevivido. Pero el verdadero milagro no era solo su supervivencia, sino que hubiera aceptado su vida y hubiera mantenido el optimismo más allá de lo imposible.

Eran dos almas puras. Comparada con ellos, Kaya se sentía como una vampira, una criatura de la oscuridad desesperada por alimentarse de su luz resplandeciente. Ese pensamiento la asustó un poco y la detuvo en seco. Pero después tomó aliento.

«Es una metáfora, Kaya. En realidad, no les estás quitando nada a ellos. De hecho, hay regalos que puedes hacerles, cosas que podrían hacerlos felices o al menos facilitarles un poco la vida, antes de decirles adiós».

Alentada por esa idea, continuó andando y en seguida los divisó a los dos juntos. Bueno, por supuesto que estaban juntos. Rata, de dieciséis años, había adoptado a Teyo, de diecinueve años, desde el mismo momento en que llegó a Rávnica.

Mientras se iba aproximando a los dos chavales, Teyo la vio y le dijo a Rata:

—No lo olvides, nos tienes a nosotros dos.

Kaya supo de inmediato sobre qué habían estado hablando cuando Rata asintió tristemente.

—Pero los dos sois planeswalkers y, al final os iréis de Rávnica —dijo.

Kaya no estaba segura de poder irse de Rávnica. Le habían dicho que los contratos orzhov la ataban a aquel plano. Pero si hiciera...

De momento no dijo nada. Todavía sopesando sus opciones, los cogió a ambos por un brazo y siguió caminando.

Con su séquito literalmente a rastras, se unió a un grupo de planeswalkers y ravnicanos, la mayoría de ellos amigos (o, al menos, camaradas) solo para sentirse rodeada de gente. Estaban debatiendo algo. Kaya no podía concentrarse en la discusión y, sinceramente, no la preocupaba mucho.

El ángel Aurelia se acercó. Transportaba algo con un gesto tan devoto que devolvió a Kaya al presente. Al principio no supo qué era. Después vio que era el peto de un hombre,

chamuscado y ennegrecido. No comprendió su significado de inmediato. Los diez gremios tenían muchos rituales y tradiciones. (Ella apenas comprendía todas las tradiciones orzhov y, teóricamente, era su lideresa). Tal vez la Legión Boros de Aurelia veneraba esa concreta pieza sagrada de armadura y la sacaba después de una victoria.

—Deberíamos enterrarlo en Theros. Creo que a Gid le habría gustado —dijo Chandra Nalaar.

Y Kaya lo comprendió. Ese peto era todo cuanto quedaba de Gideon Jura, un planeswalker que había dado su vida para salvar Rávnica y el multiverso. Si había habido algún héroe en la guerra de la Chispa, había sido Gideon.

—Lo que le gustaría es saber que no se ha terminado —respondió Melena Dorada, el planeswalker leonino, a Chandra.

—¿No se ha acabado? —preguntó Teyo horrorizado.

Ajani se rio y le puso una garra a Teyo en el hombro para tranquilizarlo.

—Creo que la amenaza de Nicol Bolas ha terminado. Pero no podemos pretender que Bolas haya sido la última amenaza que vaya a pesar sobre el multiverso. Si de verdad queremos honrar a nuestro amigo Gideon, tenemos que asegurarnos de que la próxima vez que aparezca una amenaza los Guardianes estaremos ahí.

«Los Guardianes».

Kaya nunca había oído hablar de ellos hasta hoy. Y parecía que ese grupo, un equipo de media docena de planeswalkers, llevaba meses protegiendo el multiverso de Bolas y de muchos otros peligros también. Hoy habían liderado la lucha y habían sufrido por ello. Sabían lo que iba a llegar y habían venido a enfrentarse a ello. Y si no hubieran llegado, no habría habido manera de que alguien hubiera sobrevivido en Rávnica. Kaya estaba segura de eso.

—Tenemos que renovar los votos —afirmó Melena Dorada, también miembro de los Guardianes.

Jace Beleren, el líder de facto de los Guardianes (menos «de facto» ahora que Gideon había muerto) replicó:

—Ajani, todos los renovamos esta mañana temprano. ¿No te parece que una vez al día ya es mucho?

Ajani frunció el ceño. Sin querer, apretó la garra que reposaba sobre el hombro de Teyo provocando que el chaval se retorciera de dolor. Kaya se acercó y retiró la garra con delicadeza. Teyo exhaló un suspiro de alivio y Rata se rio.

—Tal vez... Tal vez yo podría pronunciar los votos.

«¿Quién ha dicho eso?».

Todos se volvieron para mirar a Kaya.

«¡Santos ancianos, creo que he sido yo!».

—¿De verdad? —preguntó Chandra esperanzada.

—¿De verdad? —repitió Ral dubitativo.

Kaya miró en su interior y se preguntó: «¿De verdad?».

«Pues..., sí».

Lo sentía. Sentía algo. El deseo de formar parte de algo mayor que ella misma, de demostrarse que no solo era ladrona y asesina, o una maestra del gremio penosamente preparada. Podía ser alguien al que el multiverso recurriera cuando había problemas. Podía ser... Guardiana. Le gustaba esa sensación y decidió zambullirse en ella.

«Ah, asumiendo que ellos me quieran...».

—No soy una persona perfecta...

—Créeme, ninguno lo somos —la interrumpió Jace.

Vraska resopló.

Kaya los ignoró a los dos.

—He sido una asesina y una ladrona. Tengo mi propio código ético, pero mi misiva principal siempre ha sido: «Mira por ti misma». Tengo la capacidad de pasar por la vida siendo

incorpórea, y de esta forma no permito que nada llegue a tocarme. Esa es la realidad de mis poderes, pero de alguna manera ha llegado a convertirse también en mi realidad emocional. Pero mi época en Rávnica como asesina, ladrona, reacia maestra del gremio y tal vez guerrera aún más reacia ha llegado a afectarme. Luchar a vuestro lado ha sido un honor. Es la cosa más aterradora y lo mejor que he hecho en mi grotesca vida. Lo que los Guardianes han hecho hoy aquí... —Miró la armadura que Aurelia llevaba en las manos—. Lo que hoy habéis sacrificado aquí..., bueno..., os podrá parecer cursi, pero para mí ha sido inspirador. Si vosotros me queréis, me gustaría ser partícipe. Y quiero que todos sepáis que, si alguna vez tenéis problemas, me podéis convocar y estaré a vuestro lado.

—Nos encantaría —aseguró Chandra.

—Cierto, niña —replicó Ajani, sonriendo con su gesto leonino.

Los restantes miembros de los Guardianes —Jace, Teferi y Nissa Revane— sonrieron y asintieron.

Kaya inspiró profundamente y levantó la mano derecha para hacer el juramento. Tal vez a modo de símbolo de lo que ofrecía, tornó la mano incorpórea, que se volvió transparente y brilló con una suave luz violeta. Reflexionó en qué debería decir. Ese mismo día había escuchado a los seis miembros de los Guardianes, Gideon incluido, renovar sus propios votos cuando la victoria sobre el dragón estaba aún muy lejos. Cada uno había dicho algo diferente, pero había un tema constante.

—He cruzado el multiverso —dijo—, ayudando a los muertos a, eh..., avanzar, al servicio de los vivos. Pero lo que he presenciado aquí, en Rávnica, estos últimos meses, en estas últimas horas, ha cambiado todo lo que creía saber. Nunca más. Por los vivos y por los muertos, mantendré la guardia.

«Ya está. No ha sonado tan mal».

Sintiéndose medianamente orgullosa de sí misma, se volvió y sonrió a Teyo y a Rata. Esta le devolvió la sonrisa, pero el muchacho se había distraído observando el descenso de un dragón, Bolas no, desde luego. Era Niv-Mízzet, la Mente Ardiente, recientemente resucitado como el Pacto Viviente, que era la personificación del tratado místico que unía a los diez gremios de Rávnica. Él y Jace, el anterior Pacto Viviente, intercambiaban unas palabras sobre la transferencia del poder.

Pero Kaya les prestaba poca atención. Observaba cómo la elfa Nissa Revane apoyaba la cabeza sobre una de las muchas grietas que había en el suelo de la plaza. Cerró los ojos y respiró hondo. De entre los adoquines partidos durante la batalla, germinó una semilla que rápidamente creció hasta convertirse en una planta de largas hojas verdes.

Todos observaron a las dos mujeres y a Aurelia envolver cariñosamente la armadura de Gideon con las hojas.

Aurelia le entregó la armadura a Chandra, quien, flanqueada por Jace y por Nissa, dirigió una solemne procesión hacia la multitud que celebraba y lloraba a la vez. Aurelia, desolada, los vio partir pero no los siguió, aunque muchos de los demás planeswalkers sí lo hicieron.

Kaya se dispuso a seguir a la comitiva, pero Ral le tocó el hombro y le hizo un gesto con los ojos para que esperara. Tomik le hizo lo mismo a Vraska, quien asintió y le dijo a Jace que más tarde lo alcanzaría.

Con Teyo y Rata a su lado, Kaya se dio cuenta de que se encontraba en medio de una no tan espontánea asamblea de representantes de los diez gremios, cosa que la Mente Ardiente le confirmó en seguida.

—En mi nuevo puesto de Pacto Viviente he consultado con representantes de todos los gremios.

Kaya se percató de que a ella no la habían consultado, aunque era —más o menos contra su voluntad— la actual maestra del Sindicato Orzhov. Levantó una ceja mirando a Tomik, su asistente, quien asintió. Se preguntó si a él lo habrían consultado o si Niv se habría dirigido directamente a la anterior jefa de Tomik, Teysa Karlov, quien seguía sus propios designios sobre el Sindicato.

Niv continuó.

—Hemos acordado que ciertos individuos, aquellos que colaboraron con Nicol Bolas, deben ser castigados.

Vraska, la reina gorgona del Enjambre Golgari, se enfureció, sus ojos brillaron con magia.

—No seré juzgada por personas como vosotros.

Lavinia, en calidad de jefa del Senado Azorio, habló con severidad, pero sin intimidación.

—Ya has sido juzgada. Y tus actos en el día de hoy han atenuado la condena.

Ral, el nuevo maestro de la Liga Ízzet, dio un paso hacia delante empleando un tono conciliatorio que no era muy propio de él.

—No eres la única a la que Bolas engañó y utilizó. Kaya y yo compartimos también esa culpa. Puede que nosotros nos diéramos cuenta de nuestro error antes que tú, pero no tenemos deseos de discutir por nimiedades con una aliada. No con una aliada que quiere demostrar su alianza con Rávnica y con su propio gremio.

Vraska se mantuvo con la expresión suspicaz y en guardia, pero los ojos dejaron de brillarle.

—Os escucho.

—Cientos, tal vez miles de seres sintientes han muerto hoy en Rávnica. Tales actos de terror no deben quedar sin castigo. Hay tres que hicieron cuanto estuvo en su mano para instigar y

asistir al dragón: Tezzeret, Dovin Baan y Liliana Vess —aseguró Aurelia, maestra de la Legión Boros.

—Pero Liliana fue la que... —empezó Teyo.

—Vess cambió de bando demasiado tarde —lo interrumpió Vorel, biomante del Combinado Simic—, después de haber sido la causa directa de la mayor parte de la matanza.

—Los tres son planeswalkers —afirmó Lazav, maestro de la Casa Dimir—. Están fuera de nuestro alcance, pero no del vuestro.

A Kaya no le gustaba el cariz que tomaba aquella conversación.

—¿Qué es lo que estáis pidiendo exactamente?

La Mente Ardiente concluyó.

—Ral Zarek ya ha accedido a perseguir a Tezzeret. Vraska, como penitencia por tus pecados pasados, te asignamos a Dovin Baan. Y, Kaya, los diez gremios quieren contratarte para que asesines a Liliana Vess.